

naturaleza y por educación militar, atentos á no dejar nada al azar y á mantener sus comunicaciones. Este plan bastante original consistía en abandonar la capital á fin de defenderla mejor. Las tropas francesas marcharían de Susa hacia Turín, pero sin entrar en él, sino que desfilarían al Sudeste y al Este hacia Alejandría y Cassala. En torno de estas dos grandes plazas fuertes de la monarquía sarda se reuniría igualmente el grueso del ejército piemontés. Allí se reunirían también sin duda los cuerpos primero y segundo, que en aquel momento estaban desembarcando en Génova. No se dudaba del resultado. Los austriacos, avisados por sus descubiertas ó por sus espías, no dejarían de enterarse de aquella concentración. Entonces, con su prudencia recelosa, sospecharían alguna gran combinación estratégica, alguna de aquellas terribles sorpresas á que les había acostumbrado, en aquella misma comarca, el primer Bonaparte. En todo caso, se guardarían bien de operar ninguna marcha sobre Turín, marcha que les expondría á ser atacados por el flanco y envueltos quizá. Tal fué el plan de Canrobert. Los sardos lo aceptaron, en parte por confianza y en parte por imposibilidad de desecharlo.

La ejecución no tardó. En 1.º de mayo, el general telegrafió á su jefe de estado mayor, el coronel de Senneville, que se había quedado en Susa, ordenándole que embarcase por las vías férreas todos sus regimientos con destino á Alejandría y sin detenerse en Turín. Cinco días después, todo el tercer cuerpo se hallaba reunido en torno de la fortaleza. Siguióle de cerca el cuarto cuerpo, el cual, en seguimiento de las divisiones de Canrobert, había pasado también el monte Cenis. El director de los ferrocarriles sardos, por orden de Cavour, había ido á Susa para activar los transportes y evitar por medio de su vigilancia personal, en aquella línea de vía única, la confusión, los accidentes y sobre todo los retrasos. Al mismo tiempo, el primero y el segundo cuerpos, á las órdenes de Baraguey de Hilliers y de Mac Mahón, acababan de desembarcar en Génova, y sus cabezas de columna empezaban ya á desembocar de los Apeninos. Los piemonteses habían dejado débiles destacamentos delante de Turín y se distribuyeron entre Cassala, Alejandría y Valenza. Toda esta concentración se llevó á cabo sin que el enemigo tratase de estorbarla ni siquiera pareciese verla. Hubiérase dicho que se trataba más bien de grandes evoluciones en plena paz que del preludio de una gran guerra. De pronto, los aliados se alegraron de aquellas dilaciones que les permitían terminar los preparativos empezados; pero luego les sorprendió tan larga inmovilidad. ¿Qué hacían los austriacos?

En la tarde del 26 de abril, los enviados del emperador Francisco José habían vuelto al cuartel general anunciando el desechamiento del ultimátum y siendo portadores de la contestación de Cavour. Créase que á la madrugada siguiente Giulay pasaría el Tesino. Sus regimientos se hallaban reunidos en la ribera izquierda del río como para una inmediata invasión. Contra todo lo que se esperaba, los días 27 y 28 se pasaron en la quietud. Semejante inmovilidad se atribuyó á instrucciones recibidas de Viena: Inglaterra intentaba un supremo esfuerzo en favor de la paz, y no convenía destruir, por medio de un acto de irreparable hostilidad, aquella última esperanza. El ejército no pasó el Tesino hasta el día 29, y lo pasó por varios puntos á la vez, por

Vigevano, por Bereguardo y por el puente de Gravello ne cerca de Pavía. Los días siguientes se emplearon en marchas y contramarchas que fatigaron á los hombres sin acercarlos mucho al enemigo. Luego estuvo lloviendo desde el 3 hasta el 5 de mayo, y la lluvia fué tan copiosa que puso los caminos impracticables, según alegaron más tarde los oficiales austriacos, que no sabían cómo justificar lo que no acertaban á comprender. Hasta el 7 de mayo no pareció haber llegado el momento de las operaciones decisivas. El séptimo cuerpo avanzó hasta Verceil, mientras el quinto se situaba en Palestro y el segundo en Robbio (1). Al día siguiente la marcha continuó. Los austriacos llegaron á San Germano y enviaron un destacamento por el Norte hacia Biella. El día 9 ocuparon Santhia, mostraron sus vanguardias á orillas del Naviglio de Cigliano y enviaron patrullas hasta Crescentino, no lejos de la confluencia del Po y el Dora Baltea. Ya no se hallaban más que á dos pequeñas etapas de Turín que protegían solamente algunos pequeños destacamentos. Aunque retrasado en demasía, el movimiento ofensivo que tanto habían temido los aliados podía aún producir parte de sus frutos. Además del efecto moral, la ocupación de la capital sarda hubiera interceptado nuestras comunicaciones entre Susa y Alejandría, lo cual nos hubiera creado una dificultad extrema, dificultad que hubiese degenerado en peligro. A medio camino de su audacia, Giulay se asustó. No encontraba ninguna resistencia, y lo que hubiera debido estimularlo le turbó. Seguro de que todo el ejército aliado se hallaba ya concentrado en Alejandría, creyó que iba á marchar sobre Placencia, para pasar el Po y envolver al ejército austriaco. Se realizaba el cálculo de Canrobert. Los austriacos habían leído las campañas de Bonaparte, y, bajo la impresión de aquellos grandes recuerdos, nos atribuían toda clase de combinaciones profundas de que fuimos inocentes hasta el fin; de ahí una especie de timidez que ya entonces les paralizaba y que los desconcertó hasta el final de la lucha. El 9 de mayo, al mediodía, Giulay ordenó súbitamente la retirada. Llevó el séptimo cuerpo á Verceil, el segundo á Robbio y el tercero á Stroppiana (2). Luego instaló definitivamente su ejército en la Lomelina, especie de cuadrilátero cuyos lados estaban formados por el Tesino, el Po, el Sesia y la carretera de Verceil á Novara. Al decir de los oficiosos, era una posición excelente, al abrigo de toda sorpresa y muy digna de la prudencia austriaca. ¡Excelente posición, en efecto! Pero más prudente hubiera sido esperar á los aliados detrás del Tesino. Y el colmo de la prudencia hubiera sido suspender el ultimátum y no tener diplomáticos tan confiados cuando se tenían generales que lo eran tan poco.

Mientras los austriacos perdían con su lentitud el único beneficio de su primera temeridad, las órdenes de París continuaban organizando el ejército, aunque no sin dificultades ni tirantezas. En 4 de mayo, con gran sorpresa de todo el mundo, hubo una combinación de mandos. El general Vaillant, ministro de la Guerra, fué nombrado mayor general, al paso que el general Randón, designado para mayor general, fué llamado á reemplazarlo en el ministerio. Adivinábase el motivo de semejante

(1) Véase el mapa intercalado en la pág. 310.

(2) Véase la *Campagne d'Italie* en 1859, redactada por la división histórica del Estado mayor de Prusia, págs. 31-33.

cambio. Randón estaba justamente reputado como un excelente administrador, mientras que se reprochaba á Vaillant alguna negligencia en los preparativos. Aunque explicable, la medida fué criticada, en primer lugar porque era algo tardía para resultar enteramente eficaz, y en segundo lugar porque con ella se corría el riesgo de disgustar á ambos mariscales. Vaillant había de sentir el golpe, y Randón había de echar de menos sus altas funciones activas. Además, el mariscal Vaillant, militar muy sabio, dotado de una sutileza y de una penetración rarísimas, contaba sesenta y ocho años de edad, era obeso, lo cual hacía que le costase trabajo montar á caballo, y, en una palabra, no se hallaba en las mejores condiciones para resistir las fatigas de una campaña: cierto es que iba á tener como jefe de Estado mayor al general Martimprey que todavía era joven y había desempeñado iguales funciones en Crimea. Así dispuestas las cosas, Napoleón partió. Desembarcó el 12 de mayo en Génova, donde se le hizo un caluroso recibimiento.

Aquellas ovaciones no retrasaron la marcha del emperador. Este llegó el 14 á Alejandría, donde estableció su cuartel general y donde le asaltaron todos los cuidados del mando. Propenso á la teoría y á la soñación, le embarazaba la realidad de las cosas. Cuando quería ser positivo, lo era en demasía, y su manera de mostrarse práctico consistía en caer en la minuciosidad. Viendo al azar los detalles, sin fijarse siempre en los más importantes, se puso á señalar, con una mezcla de irritación y de ansiedad, todo lo que faltaba ó era defectuoso. Lo cierto es que, á pesar de los esfuerzos de los últimos días, apenas terminábamos nuestro trabajo de organización, y, con un enemigo más emprendedor, nuestra situación no hubiese dejado de ser algo precaria. Los regimientos habían llegado, pero no estaban completos, y numerosos destacamentos esperaban en Lyon y Marsella el momento de pasar el monte Cenis ó de embarcarse. Nuestros recursos en materia de artillería y caballería aún eran muy insignificantes. La aglomeración era enorme en Susa, y no lo era menos en Génova, donde por falta de muelles bastantes espaciosos, los desembarcos sufrían grandes retrasos. Los partes de los jefes de cuerpo se sucedían reclamando forrajes, galleta, calzado, etcétera, y señalando la escasez de médicos, enfermeros y empleados de administración. Mareado por tantas reclamaciones, el emperador no podía contener su sorpresa ni la expresión algo cándida de sus errores. «Hemos reunido, escribió á Randón, un ejército de más de cien mil hombres sin reunir lo necesario para alimentarlo.» Los telegramas eran cada vez más apremiantes. Napoleón suplicaba al ministro que se diese prisa en enviar provisiones, médicos, empleados, carros y caballerías. En los días siguientes, á la inquietud se añadió un poco de mal humor. El monarca escribió á Randón: «Parecemos niños que nunca han hecho la guerra.» El ministro procuraba satisfacer á su soberano, y se justificaba acusando suavemente á su antecesor. Más tarde, en sus *Memorias*, Randón se mostró menos indulgente y expresó su juicio en una forma excesiva y seguramente injusta. Aludiendo al estado de cosas en el momento de su entrada en el ministerio, dijo: «Todo faltaba excepto el forraje (1).»

(1) *Mémoires*, tomo II, pág. 6.

Afortunadamente, el enemigo, con su inmovilidad, nos permitió, si no acabar todos nuestros preparativos, atender al menos á lo más urgente. Los austriacos compensaron nuestras faltas de detalle con la enorme falta de su inacción. En 18 de mayo, el ejército, aún mal provisionado, pero numéricamente muy fuerte, se hallaba reunido en la ribera derecha del Po y en ambas márgenes del Tanaro. El primer cuerpo, el más próximo al enemigo, tenía su cuartel general en Pontecurone, ocupaba Voghera y Casci, y tenía á la descubierta al frente y á sus costados algunos escuadrones piemonteses. Un poco al Oeste, el segundo cuerpo vivaqueaba en torno de Sale. El tercero se hallaba en Tortone y el cuarto en Valenza. La guardia imperial se hallaba instalada en Alejandría. En cuanto á la guardia real, estaba repartida entre Occimiano y Cassala (2). Contando los sardos, disponíamos de una fuerza total y efectiva de cerca de 150.000 hombres, efectivo ligeramente superior al de los austriacos. Nuestra posición se prestaba á la defensa y al ataque. El peligro de la marcha sobre Turín quedaba definitivamente conjurado. Mientras tanto, en Europa se perdían en conjeturas sobre la inercia de nuestros adversarios. La opinión les presagiaba una derrota. En nuestro campo, por el contrario, reinaba la confianza, y los antiguos combatientes de Africa y de Crimea se prometían nuevas victorias.

III

Giulay, que continuaba encerrado en la Lomelina, comenzaba á hacerse cargo de los reproches que le valía su larga inacción, y ardía en deseos de restablecer, con alguna acción afortunada, su reputación militar, ya un tanto comprometida; y desde el fondo de su cuartel general, establecido en Mortara, trataba de descubrir, á fuerza de razonamientos y de recuerdos históricos, el plan de los aliados. Al fin creyó haber dado con él.

Cuando Bonaparte había penetrado en Italia en 1796, había empezado por derrotar á los piemonteses, entonces aliados de Austria, y después de haberlos desarmado, había descendido por la orilla derecha del Po, había pasado este río por Plasencia y se había presentado de improviso en la retaguardia de Beaulieu. Empapado en estas lecciones, más á propósito para confundir que para enseñar, Giulay pensó que sus adversarios de 1859 habrían imaginado una combinación análoga, y una vez puesto en el camino de las inducciones, ajustó todas sus observaciones ulteriores á esta idea preconcebida. El ejército francés se había agrupado alrededor de Alejandría, y aparentemente no había ocupado aquella posición para remontar luego hacia el Norte y pasar el Tesino por Novara, sino con objeto de buscar por el Sur un paso hacia Lombardía; lo mismo indicaba, en concepto del general austriaco, la concentración de los sardos en las inmediaciones de Cassala. Y confirmáronle en esta opinión los informes de sus espías que señalaron la presencia de un destacamento francés en Bobbio, á unas doce leguas al Sur de Plasencia. ¡Qué humillación para él si se dejaba sorprender ó atacar por la espalda hasta el punto de correr la misma suerte que el

(2) Véase *Historique de la campagne d'Italie*, redactado en el depósito del Ministerio de la Guerra, págs. 93-99.—Véase también el mapa intercalado en la pág. 310.

infortunado Beaulieu! Pero, en cambio, ¡qué honor si lograba burlar el plan de los aliados, y cuán á punto llegaría esta victoria para justificar sus contemporizaciones ó confundir á sus detractores!

Dominado cada vez más por estos pensamientos, Giulay ordenó en 19 de mayo la evacuación de Verceil y el mismo día trasladó su cuartel general de Mortara á Garlaico, á fin de acercarse al supuesto teatro de las futuras operaciones. Era preciso, sin embargo, transformar en certeza lo que sólo era conjetura verosímil, y á este efecto proyectó realizar en la orilla derecha del Po un gran reconocimiento que permitiera apreciar las verdaderas fuerzas y posiciones de los aliados. Y si este reconocimiento daba lugar á un combate, el mal no sería muy grande, antes al contrario, puesto que en Europa y en la misma Viena se quejaban de su demasiada inactividad.

Para llevar á cabo aquel plan fueron designadas dos divisiones, la mixta de Urban, compuesta de las brigadas Schaffgotsche y Braun, y la de Paumgarten, formada por las brigadas Bills, Gaal y del príncipe de Hesse, siendo confiado el mando general de estas fuerzas al conde Stadion, comandante del quinto cuerpo. En la mañana del 20 de mayo, Urban, que estaba ya en la orilla derecha del Po, emprendió la marcha por la carretera real que va de Stradella á Tortone por Verzate, Casteggio, Montebello, Genestrello y Voghera (1); al mismo tiempo, Paumgarten atravesaba el río por Vaccarizza y enviaba las brigadas Gaal y Bills á Robecco y Casatisma en tanto que la de Hesse, inclinándose hacia la derecha, se dirigía á Branduzzo. La fuerza total de todos estos cuerpos no bajaba de 22.000 hombres (2), fuerza en verdad imponente, con la condición, empero, de que fuese realmente empleada.

Ocupaba este punto extremo de las posiciones francesas la división Forey, perteneciente al primer cuerpo, cuyo grueso estaba en Voghera, con un batallón destacado en Oriolo y otros dos á orillas de un arroyo llamado el Fossagazzo. Detrás, por la parte de Pontecurone, extendíanse los vivaques de las otras divisiones; y delante, algunos escuadrones sardos prestaban el servicio de exploradores y recorrían el país hasta el Coppia, riachuelo que pasa por Casteggio. Fuera de la aparición de dos pequeñas patrullas enemigas, en los días 18 y 19, nada alarmante había llamado la atención de nuestros centinelas y el parte enviado en la misma mañana del 20 se resumía en estas palabras: «Sin novedad.»

Esta seguridad favoreció la marcha de los austriacos. El príncipe de Hesse por la derecha y las otras dos brigadas de Paumgarten por el centro se dirigieron, sin disparar un tiro, de una parte hacia Branduzzo y de otra hacia Casatisma. A la izquierda, la marcha de Urban fué mucho más rápida, habiendo esta división ocupado sucesivamente Verzate, Casteggio y Montebello, y obligado á los jinetes sardos á retirarse. Urban, en su precipitación, dejó muy atrás á los regimientos de Paumgarten, tanto que se aisló de ellos, con lo cual perdían los austriacos la ventaja del número; en Montebello había de esperar nuevas órdenes antes de avanzar más, y sin embargo se adelantó hasta Genestrello.

(1) Véase el mapa intercalado en la pág. 310 y anejo.

(2) Véase *Der Krieg in Italien*, tomo I, Apéndice, pág. 62.

Eran las doce y media del día cuando Forey supo por la caballería piemontesa la aproximación de los austriacos; y tan ajeno estaba de pensar en que podía ser atacado, que varios destacamentos acababan de partir con objeto de forrajear. Baraguey de Hilliers, á quien Forey comunicó lo que ocurría, le ordenó por telégrafo que arrojase á los austriacos de Casteggio, prometiéndole que le apoyaría y añadiéndole: «No vayáis más allá de Casteggio y regresad esta noche á vuestros acantonamientos.» Pero Forey no esperó aquella orden, sino que, ávido de conquistar los primeros laureles de la guerra y sobre todo de borrar cierto descrédito asaz injusto que desde la expedición de Crimea iba unido á su nombre, se puso al frente de dos batallones dispuestos á marchar, calculó que encontraría los otros dos batallones á orillas del Fossagazzo, y después de ordenar al resto de su división que empuñara las armas, lanzóse al encuentro del enemigo.

Dos caminos conducían de Voghera á Genestrello, el ferrocarril y la carretera. La naturaleza del país, muy llano en aquel sitio, y los sembrados, que estaban ya muy altos, limitaban considerablemente la vista; así es que al llegar las fuerzas de Forey al Fossagazzo, se toparon con los batallones de Urban. Al principio cruzóse un vivo fuego de fusilería, pero luego, habiendo tratado los austriacos de introducirse en el hueco que quedaba entre el ferrocarril y la carretera, la caballería piemontesa cargó sobre ellos esforzándose en rechazarlos ó á lo menos en contenerlos. En esto llegó el general Blanchard con el resto de la división y el combate pareció concentrarse alrededor de una alquería, la Cascina Nuova, que fué tomada y perdida varias veces. Esta actitud defensiva no satisfacía á la fogosidad de Forey, el cual, adoptando una resolución atrevida, que habría podido costarle cara si los austriacos no se hubiesen torpemente diseminado, decidió rechazar al enemigo á lo largo de la carretera obligándole á volverse á las posiciones que por la mañana había abandonado. Para ello dejó en la Cascina Nuova al general Blanchard, y poniéndose al frente de la brigada Beuret, compuesta de los regimientos 74 y 84 de línea y del 17.º batallón de cazadores, se arrojó sobre los austriacos que, después de una enérgica resistencia, cedieron al empuje de los nuestros, quienes se apoderaron de los diques de Fossagazzo, ocuparon Genestrello y llegaron por último á la vista de Montebello.

Lo que era simplemente una acción parcial pareció en aquel momento convertirse en gran combate. Los austriacos se esforzaron tardíamente (pues eran ya las cuatro y media) en concentrar al fin sus tropas que desde la mañana tenían dispersas. De las dos brigadas de Urban, la de Schaffgotsche, que los soldados de Forey acababan de rechazar, hallábase extenuada, pero la otra podía ser empleada útilmente; además, suspendiendo todos los ataques secundarios, era posible todavía reunir una porción de los batallones de Paumgarten. Montebello, situada en una eminencia, con sus casas de sólida construcción, sus edificios macizos y las paredes de su cementerio, parecía muy á propósito para una defensa que contuviera los progresos del enemigo y acaso le obligara á emprender una retirada desastrosa. Stadion, refugiado en la pequeña ciudad, juntó unos siete batallones, es decir, todas las fuerzas que la distancia, la

hora avanzada y las fatigas del día permitían reunir; pero Forey, dejándose llevar nuevamente de su audacia, no vaciló en atacar aquella formidable posición. La empresa parecía temeraria; gracias, sin embargo, al admirable ardor de las tropas, no pasó de atrevida, y después de varios combates parciales en las calles, en los jardines y hasta en las casas, los austriacos fueron acorralados en el cementerio, que habían transformado en verdadero reducto, y después de una última resistencia se retiraron á Casteggio.

tasía: cierto que los austriacos disponían de 22.000 combatientes, pero ó los habían tenido de reserva ó los habían hecho avanzar por fracciones, de suerte que, á excepción del último ataque, las fuerzas de ambos bandos habían estado casi equilibradas.

Nuestros adversarios se habían replegado en Casteggio, más maltratados aún que nosotros, habiéndose elevado á más de 1.200 el número de sus muertos, heridos ó desaparecidos. Esto no obstante, fingieron mostrarse satisfechos, y Giulay, en su parte oficial, insistió



Combate de Montebello

Forey, en vez de perseguir al enemigo, volvió por la noche, como se le había ordenado, á sus acantonamientos de Voghera, con los efectivos muy disminuidos, puesto que había tenido unas 700 bajas entre muertos y heridos, figurando en el número de los primeros el general Beuret, que había tomado parte gloriosamente en el ataque de Montebello. La victoria se habría tal vez trocado en derrota si Urban se hubiese mantenido sólidamente en contacto con Paumgarten y si las brigadas austriacas, en lugar de separarse, hubiesen presentado combate juntas. Enfrente de un enemigo, de quien se ignoraban el número, las posiciones y los planes, la prudencia aconsejaba la defensiva; pero Forey, á impulsos de su audacia, convirtiéndose en agresor y el éxito no sólo lo absolvió, sino que le glorificó. Aquel combate era el primero de la campaña y unía un nuevo recuerdo al nombre de Montebello, ya famoso. En seguida se formó sobre el mismo una leyenda, pues se dijo que Forey con solos 6.000 hombres había atacado y vencido á 22.000 austriacos; pero sucedía con ella lo que con todas las leyendas, en las cuales la verdad se mezcla con la fan-

mucho en la ineficacia de aquella nueva artillería francesa de que tanto se hablaba en Europa, y, como hizo también Forey, se vanaglorió de haber luchado contra un enemigo muy superior en número. El comandante en jefe austriaco decía que había querido, no librar una batalla, sino simplemente hacer un reconocimiento, hecho el cual se había retirado sin ser perseguido: ¿qué más se quería? Aquel reconocimiento (ya que le agradaba llamarlo así) ¿permitió á lo menos á los lugartenientes de Giulay llevar al cuartel general de Garlasco datos exactos sobre los proyectos de los aliados? Al contrario: asombrados de la audaz ofensiva de Forey, no creyeron que una sola división hubiese podido de tal modo exponerse y pensar, en su consecuencia, que alrededor y detrás de Voghera estaban seguramente las fuerzas francesas y que sin duda iban éstas á avanzar por la orilla derecha del Po y á pasar este río por Plasencia. Tal fué la conclusión que se sacó de la jornada del 20 de mayo; así es que lo que debiera haber iluminado á los austriacos no hizo más que fomentar sus ilusiones.